



Ranchera Nights

Author: Carlos Vidal

Source: English Studies in Latin America, No. 27 (July 2024)

ISSN 0719-9139

Facultad de Letras, Pontificia Universidad Católica de Chile

This work is licensed under the Creative Commons Attribution-Non Commercial-No Derivs 3.0 Unported License. To view a copy of this license, visit <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/> or send a letter to Creative Commons, 444 Castro Street, Suite 900, Mountain View, California, 94041, USA.

Your use of this work indicates your acceptance of these terms.





RANCHERA NIGHTS

CARLOS VIDAL¹

¹ Carlos Vidal es un poeta y académico costarricense. Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional de Costa Rica. Investigador Asociado del Proyecto ConneCaribbean financiado por la Unión Europea. Miembro de la Red de Estudios Transareales y Transculturales de Centroamérica y del Caribe (Red Transcaribe) de la Universidad de Costa Rica. Durante su adolescencia, cursó estudios de secundaria en Washington D. C., donde perfeccionó su dominio del inglés. Realizó el Curso en Diplomacia en la Academia Diplomática Andrés Bello, en Santiago de Chile. En la actualidad, investiga la relación entre la música y la literatura del Caribe. Correo electrónico: crlsvdl@yahoo.com.

When I was a kid,
my grandparents' house
was the center of the world,
where we shared
the joy of music.

Grown-ups would venture downtown
in search of troubadours.

When they'd return,
decibel upon decibel would sprout
from brass and string
and shake the abode.

With their talkative guitars,
Orpheus's scions
would take over the atmosphere
and banish
gloomy thoughts.

A smuggled tango or a bolero
would season the repertoire,
that some would sing along
with booming voices
I didn't know they had!

The enchantment would peak
at the all-enveloping cadence
of our favorite song.

The serenade within the serenade.

In that moment,
the soirée would be tinged
with a sense of belonging.

Noches rancheras

Cuando era niño,
la casa de mis abuelos
era el centro del mundo,
donde compartíamos
el gozo de la música.

Los mayores se aventuraban a la ciudad
en busca de trovadores.

Al regresar, un decibel tras otro
brotaba de metales y cuerdas
y sacudía la morada.

Aquellos vástagos de Orfeo,
con sus guitarras hablantinas,
se enseñoreaban del ambiente
y desterraban
los pensamientos sombríos.

Un tango
o un bolero de contrabando
condimentaba el repertorio,
que algunos cantaban
con unos vozarrones
¡que yo desconocía!

El hechizo culminaba
ante la envolvente cadencia
de nuestra canción favorita.

La serenata dentro de la serenata.

En ese momento,
la velada se teñía
de un sentido de pertenencia.